

LIBROS

44

LETRAS LIBRES
MAYO 2019

Javier Padilla
• A FINALES DE ENERO

**Maximiliano Fuentes Cordera
y Ferrán Archilés (editores)**
• IDEAS COMPROMETIDAS

Andrés Forgách
• EL EXPEDIENTE DE MI MADRE

Joan Esculies
• ERNEST LLUCH

Alejandra Costamagna
• EL SISTEMA DEL TACTO

Mónica Ojeda
• MANDÍBULA

Ida Vitale
• SHAKESPEARE PALACE



ENSAYO

Tres revolucionarios casi profesionales



Javier Padilla
A FINALES DE ENERO.
LA HISTORIA DE AMOR
MÁS TRÁGICA DE LA
TRANSICIÓN
Barcelona, Tusquets,
2019, 412 pp.

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

Hay algo que se repite una y otra vez en la historia: el momento en que la generación que fue protagonista de un acontecimiento pierde el monopolio de la narración de ese hecho y la generación posterior, que no lo vivió, se interesa por contarlos desde su punto de vista. El caso de la Transición española ha sido un ejemplo notable de ello: durante décadas, los protagonistas de la resistencia antifranquista y los franquistas predispuestos a la reforma contaron su versión razonablemente positiva del proceso de democratización del país, pero vieron con perplejidad cómo, hace

alrededor de una década, gente de mi generación (nacida entre la muerte de Franco y el triunfo del PSOE) empezaba a hacer valoraciones que no eran personales, sino históricas, y tenían motivaciones políticas distintas.

Ya es la generación siguiente a la mía, a la que pertenece Javier Padilla (Málaga, 1992), la que se interesa por la Transición. Padilla lo ha hecho patente con *A finales de enero*, una historia de las vidas cruzadas de tres personajes clave del antifranquismo durante los últimos años de la dictadura y los primeros de la Transición: Enrique Ruano, que murió en circunstancias trágicas en 1969; Javier Sauquillo, que fue asesinado en 1977 en la matanza de Atocha, y Dolores González, que fue novia del primero, esposa del segundo y cuya vida quedó destrozada por el lado oscuro de unos años que muchas veces se han idealizado.

Los tres compartían rasgos, como explica bien Padilla. Formaban parte de una clase acomodada que no podía considerarse exactamente perdedora de la Guerra Civil, asumieron el catolicismo como brújula moral, iniciaron los estudios de derecho, sustituyeron el catolicismo por el marxismo con traumas de distinta intensidad, formaron parte del Frente de Liberación Popular (FLP) y se convirtieron en revolucionarios casi profesionales. Una de las muchas virtudes del libro es que, al no tener vínculos directos con los personajes, es perfectamente capaz de ver y transmitir al mismo tiempo su idealismo político, su heroísmo personal y, al menos durante los años sesenta, lo disparatado de su ideología y sus inmensas contradicciones. “A pesar de la retórica encendida a favor del hermanamiento de clases

y de la superioridad del obrero que practicaban nuestros protagonistas, es difícil creer que ellos no vieran lo contradictorio que era conciliar este discurso transgresor con la prosaica realidad de unos homogéneos militantes universitarios de clase alta o media alta que en su mayoría no habían tratado con más personas de la clase trabajadora que las que hacían las labores domésticas en sus casas”, escribe para explicar el ambiente en la universidad madrileña de finales de los años sesenta. Esta estaba inflamada por la influencia del 68, pero los estudiantes españoles corrían un riesgo infinitamente mayor que los jóvenes franceses o estadounidenses. Al fin de cuentas, como cuenta Padilla, el grado de represión, tosquedad y paranoia del régimen franquista era extraordinario.

Otro acierto del libro, además del desapego que muestra por la ideología maximalista que asumió buena parte de esa generación en su juventud, es el énfasis en la relación de los tres protagonistas, que vivieron una especie de triángulo amoroso marcado por la militancia y sus caracteres conflictivos. Enrique y Javier estuvieron enamorados de Lola. El primero salió con ella, pero mantuvieron una relación compleja: Carlos Castilla del Pino, psiquiatra que trató a Enrique, recordaba que este “se expresaba de una manera típicamente estructuralista, lo que complicaba entender sus palabras”. Además, sentía celos de Javier, “discutían con cierta agresividad y Enrique solía sentirse posteriormente derrotado” y pensaba que Javier pretendía ridiculizarle en público cuando discutían sobre cine o marxismo. La trágica muerte de Enrique, que según las fuentes de Padilla fue muy probablemente un asesinato a manos de la policía y no

un suicidio, marcó a los dos supervivientes para el resto de su vida, pero no impidió que Lola y Javier iniciaran una relación seria.

La entrada en la edad adulta de Lola y Javier pasó por la fundación de un despacho de abogados laboristas, la afiliación al PCE (del que fueron disidentes casi desde el principio por considerar que, bajo la dirección de Carrillo, este renunciaba a la lucha de clases y abrazaba la democracia burguesa) y el matrimonio. Esta época de relativa estabilidad personal, mucho trabajo y actividad política en los años más duros de la Transición —entre 1975 y 1982 hubo alrededor de quinientos muertos por violencia política— terminó a finales de enero de 1977. En mitad de una gran tensión política debida a una huelga de transportes y el miedo a un contrataque de la derecha extremista contra la democratización, que efectivamente se produjo, cinco personas murieron asesinadas en el atentado contra el despacho de abogados laboristas de Atocha, entre ellas Javier. Lola quedó gravemente herida. En los días siguientes, se llevaron a cabo paros masivos en fábricas y universidades y se temió que se produjeran nuevas matanzas. El funeral, como es sabido, fue una demostración de la capacidad de movilización y continencia del Partido Comunista, lo cual pudo influir en la decisión de Adolfo Suárez de legalizarlo. Padilla recoge varias opiniones que afirman que la violencia en la Transición tuvo el efecto contrario del buscado y, de hecho, empujó hacia la democratización y una relativa estabilidad política. Pero la vida de Lola en los años ochenta y en gran medida hasta su muerte en 2015, tal como la cuenta Padilla, resulta desoladora y un ejemplo extraordinario

de cómo la historia impacta en la vida privada de las personas. Y de cómo los luchadores pueden llegar a pensar que su batalla no mereció la pena, aunque fuera parcialmente victoriosa.

A finales de enero es un buen libro y una buena noticia: un retrato sólido, efectivo y desapasionado de tres personajes que sirven para explicar una época trascendental, y la muestra explícita de que la siguiente generación de escritores y periodistas es plenamente consciente de que lo fue. —

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ es ensayista y columnista en *El Confidencial*. En 2018 publicó *1968. El nacimiento de un mundo nuevo* (Debate).



ENSAYO

El compromiso de los intelectuales



Maximiliano Fuentes Codera y Ferrán Archilés (eds.)

IDEAS COMPROMETIDAS. LOS INTELLECTUALES Y LA POLÍTICA
Madrid, Akal, 2018, 379 pp.

DAVID JIMÉNEZ TORRES

Han pasado ciento veinte años desde el caso Dreyfus y seguimos sin tener claro de qué hablamos cuando hablamos de intelectuales. Lo que es indudable es que llevamos doce décadas haciéndolo. Hoy en día es imposible estudiar las relaciones entre cultura, sociedad y política sin tener en cuenta las ideas que se han sedimentado acerca de lo que es o debe ser un intelectual. Lo mismo sucede con aquellas figuras consideradas más representativas de ese tipo ideal, o con los numerosos diagnósticos acerca del nacimiento, plenitud,

decadencia y muerte (quizá trufados con alguna traición) de esta especie.

Ideas comprometidas es una valiosa aportación a los estudios sobre la figura del intelectual. Al mismo tiempo, es una obra que revela varias particularidades de este campo. Se trata de un libro coral, con catorce capítulos escritos por autores de diversas nacionalidades y áreas de especialización. Su formato y estilo son académicos, aunque la mayoría de los textos son enteramente accesibles para el lector no-especializado. El libro no tiene voluntad enciclopédica, pero los editores han realizado un encomiable esfuerzo por hacer justicia a la pluralidad del fenómeno del intelectual, particularmente en términos geográficos y temporales. Por sus capítulos desfilan situaciones pertenecientes a Francia, Italia, España, Portugal y Latinoamérica, y entre las figuras analizadas podemos encontrar nombres como los de Sartre, Camus, Martí, Rubén Darío, Rodó, Ortega y Gasset, Maeztu, Saraiva, Rolland, Bernard-Henri Lévy o Castilla del Pino. Por fortuna, los autores evitan el enfoque biográfico y moralizante que con demasiada frecuencia se estilaba al escribir sobre intelectuales. No caen en la hagiografía o el libelo, ni otorgan poder explicativo a los historias sentimentales.

En general, *Ideas comprometidas* no busca problematizar lo que entendemos por *un intelectual*. Los autores de los distintos capítulos utilizan este término de forma genérica, como una manera expeditiva de referirse a figuras del mundo de la cultura y el pensamiento. Su interés se dirige más bien al concepto del compromiso. No es una cuestión menor, dado que este ha sido señalado con frecuencia como uno de los rasgos definitorios del intelectual.

Pero, al mismo tiempo, este libro muestra que se trata de un concepto sumamente elusivo, sobre todo si se estudia de forma no tendenciosa.

Ideas comprometidas arroja, efectivamente, una conclusión: el compromiso es un fenómeno tan plural como el de los propios intelectuales. Los distintos capítulos nos muestran que compromiso puede ser tanto declararse objetor de conciencia durante la Primera Guerra Mundial como participar en las actividades de propaganda gubernamental durante aquel conflicto. Puede ser integrarse en organizaciones socialistas en la Europa de entreguerras, en el Partido Comunista Italiano tras la Segunda Guerra Mundial o en el PSUC durante los años sesenta y setenta. Una modalidad del compromiso fue la militancia antiliberal durante la Segunda República española, como también lo fue dar forma literaria —a finales del XIX— a una identidad latinoamericana opuesta a la estadounidense. Compromiso, para un intelectual judío, podía ser cultivar una perspectiva cosmopolita o buscar un arraigo nacional. Compromiso también fue definirse ante la Revolución cubana, la masacre de Tlatelolco o el caso Padilla. El compromiso, en cierto París, fue hacer el tránsito del maoísmo al culto a los disidentes del comunismo —Solzhenitsyn, Havel o Kundera—. Compromiso, finalmente, puede ser tanto la trayectoria de Sartre como la de Camus.

Mención especial merece el caso francés, que recibe atención preferente en el libro —es objeto de cuatro capítulos—. Esto es sintomático: la historia de la cultura francesa contemporánea está especialmente ligada a la figura del intelectual. Pocas veces se ha adherido con tanta fuerza un arquetipo presuntamente universal a un

país concreto. Sin embargo, el caso francés está atravesado por una pregunta: ¿nos encontramos ante la norma o ante la excepción? La duda se puede extrapolar también a los casos de Camus y de Sartre, quizá los dos autores sobre los que más se ha proyectado el ideal normativo del intelectual. Sus cambiantes fortunas en el imaginario popular —que se analizan en sendos capítulos de este libro— sugieren que ninguno de los dos fue tanto la cristalización de una esencia como un lienzo sobre el que distintas generaciones han ido proyectando sus propios deseos.

Una práctica habitual al abordar libros como este es señalar ausencias. Todo lector podrá reparar el índice e indicar algún autor o episodio que tendría que estar. Ello sería injusto por cuanto el libro es muy explícito acerca de su falta de ambición enciclopédica; tampoco la necesita para realizar aportaciones valiosas. Pero también se pueden extraer conclusiones del hecho de que no aparezca casi ninguna figura del mundo anglosajón, o de que la gran mayoría de personajes analizados sean hombres que transitaban por la izquierda política. Vale la pena reflexionar sobre cómo los sesgos a la hora de construir al intelectual como objeto de estudio determinan las cronologías acerca de su nacimiento, apogeo, decadencia y muerte. Esto permitiría avanzar en la dirección que señalan Fuentes y Archilés en la introducción de este libro: comprender que, si parece que el intelectual ha muerto, lo más seguro es que sencillamente se esté transformando. —

DAVID JIMÉNEZ TORRES es profesor, columnista y escritor. En 2018 publicó la novela *Cambridge en mitad de la noche* (Entre Ambos) y el ensayo *El país de la niebla* (Ipsos).

ENSAYO

La mujer mosaico



András Forgách
**EL EXPEDIENTE
DE MI MADRE**
Traducción de Teresa
Ruiz Rosas
Barcelona, Anagrama,
2019, 378 pp.

ZITA ARENILLAS

En 2007, András Forgách (Budapest, 1952) escribió unas memorias familiares a partir de dos paquetes de cartas que heredó. El primero contenía correspondencia entre sus padres; el segundo, las misivas que su abuela materna escribió desde Israel a su madre, exiliada voluntaria en la Hungría comunista. Pocos años después, Forgách tuvo que afrontar que ese texto de setecientas páginas que había escrito estaba basado en una mentira: en 2013, un conocido de la infancia le comunicó que había encontrado documentación oficial que revelaba que su madre (nacida en Palestina) había sido colaboradora del régimen comunista húngaro. También su padre (judío nacido en Hungría y emigrado a Palestina para evitar el exterminio nazi). Incluso había utilizado al propio András como anzuelo para espíar a los jóvenes disidentes, sobre todo al poeta György Petri. Y llegó a sugerir que también él sería un buen colaborador.

De la lectura de esa documentación nace *El expediente de mi madre*, un híbrido que combina la ficcionalización de una realidad no siempre conocida en primera persona, la transcripción de informes de los servicios secretos, poemas y cartas. Probablemente Forgách ha necesitado echar mano de todos esos recursos para trasladar al papel la

conmoción que le supuso conocer la verdad sobre su familia, pero lo cierto es que para el lector supone una dificultad añadida, pues no resulta sencillo reconstruir el hilo temporal de lo que se cuenta. Es necesaria una lectura atenta que implica colocar y unir piezas, a veces bregar con tediosos informes. Seguramente algo parecido tuvo que hacer el autor cuando se enfrentó a los dosieres sobre su madre, con la salvedad de que él no contaba con la distancia emocional imprescindible para poder digerir esta historia de contradicciones, disfraces e imposturas.

Forgách retrata a Bruria, su madre, instalada en una permanente doblez, atrapada entre una entrega desmedida al cuidado de su familia y su ciega fidelidad al comunismo. “Era de naturaleza alegre, pero a cada instante se miraba a sí misma y sabía que mentía.” Ella misma escribió: “He negado mi depresión. Está claro que debería haberme desnudado y revelado mi estado y vociferado de tal modo que ‘la depresión de la madre y su causa’ les hubiera desgarrado un trocito del alma a mis pobres hijos. ¿Entonces aquella ‘sinceridad’ hubiera traído al mundo hijos más comprensivos? ¿Entonces se hubiera colmado el ansiado amor?” El ansiado amor, ¿pero de quién? Porque con su marido no se casó por amor.

Ese marido, otro comunista convencido, también trabajó para el régimen, bajo el alias de Pápai. Alias que heredará Bruria al recoger el testigo, pues él tendrá que abandonar su labor cuando “como una gran oscuridad se le nubló el cerebro”. Forgách afirma que su progenitor “no fue la primera persona inteligente en volverse tonta por sus creencias”. Su entrega a la causa acabó por enloquecerlo, haciéndole ver conspiraciones contra la Unión Soviética

en cualquier detalle irrelevante, y luego también contra él mismo (esta vez con fundamento). Y lo convirtió en “un esqueleto de materia seca. Sus movimientos [eran] los de una araña que se hubiese caído patas arriba. [...] Esa materia gimiente y temblorosa era su padre, ese hombre roto, [...] miraba hacia ninguna parte con mirada aletargada y confundida, el pavor del desamparado en los ojos marrones como escarabajos. No hay palabra humana para el cuerpo cuya carne ha roído el miedo”.

Curiosamente, es el padre la figura más atractiva y divertida del libro, a pesar de la desgracia de ser uno de los pocos supervivientes del Holocausto en su familia. Un personaje desordenado y voluble que apaga la ansiedad entrando en pastelerías, que canta por la calle y que le cuenta a su hijo de diez años sus experiencias con prostitutas negras cuya depilación integral le imposibilitó hacer lo que había ido a hacer al burdel o que uno de los testículos está siempre ligeramente más frío porque es el que almacena el esperma.

El Sr. y la Sra. Pápai vivieron por y para el régimen, porque “el comunismo alcanzaría a toda la humanidad”. Eran judíos antisionistas (el sionismo, esa “sarta de alharacas nacionalistas”). No eran húngaros del todo, pero tampoco israelíes de verdad. Cuando se trasladaron a Budapest desde Palestina en 1947, los acusaron de traidores, aunque Bruria no podía estar más enamorada de su tierra, a pesar de no estar de acuerdo con su política de colonización. Ya en Hungría, le abren un parte disciplinario por hablar en inglés y hebreo. Mezclaba los idiomas, entonando un “blues apátrida”. Probablemente por ese “estar entre dos altas traiciones, y sin una tierra ni la otra”, y por saber

hebreo, a los servicios secretos no les vino nada mal que sustituyera a su marido. Aunque solo fuera “una pequeña tuerca, o la última ruedecilla de un miserable aparato opresor”. Su ceguera le hizo incluso comparar a Golda Meier con Rudolf Hess, en una absurda lógica del espejo. “Se encerró en su ideología, exactamente igual como se podía encerrar en la música”, pero no por ello dejó de ser una mujer generosa a la que todo el mundo quería.

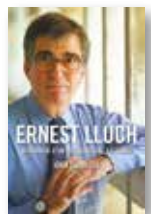
¿Qué hacer cuando descubres que tu madre no era (solo) lo que creías? De repente se modifican “las leyes de la perspectiva y de la gravitación. [...] Todo se vuelve sospechoso, principalmente la belleza, todo se vuelve vulgar”. Pero hay que hablar de ello. De hecho, Forgách ha dicho que, puesto que sigue encontrando documentación de la época, no descarta la necesidad de una reedición. Todo vale en su empeño por reconstruir a su madre, esa “mujer mosaico” que ya al borde de la muerte pareció que iba a confesar, pero se mantuvo fiel a su secreto. —

ZITA ARENILLAS es editora.



ENSAYO

Vida y muerte de un catalanista



Joan Esculies
ERNEST LLUCH.
BIOGRAFÍA DE UN
INTELLECTUAL
AGITADOR
Barcelona, RBA, 2019,
488 pp.

RICARDO DUDDA

El 23 de febrero de 1981, el teniente coronel Antonio Tejero intentó dar un golpe de Estado en el Congreso

de los Diputados. Durante casi veinte horas, mantuvo retenidos a los diputados presentes. En ese tiempo, y en mitad de la incertidumbre, el diputado del PSC por Girona Ernest Lluch aprovechó para corregir unas pruebas de imprenta de un trabajo académico: “¡O nos matarán a todos o no pasará nada!”, le dijo a su compañero Salvador Clotas.

Lluch (Vilasar de Mar, Barcelona, 1937) no concebía la vida más allá del trabajo. Decía que “el hedonismo me da asco y la pereza me repugna” y que “hay gente que hace el vago y hay gente tan inmoral que tiene *bobbies*...”. Fue un político y académico erudito, hiperactivo, apasionado del estudio y de los archivos pero también obsesionado con la intervención en el debate público. Escribió en todos los periódicos donde pudo, organizó seminarios y conferencias, prologó y escribió libros, apareció en tertulias de la tele y de la radio, realizó mítines, juntó a gente de diversa procedencia para pensar y debatir. Como dice Joan Esculies en su minuciosa biografía de Lluch, era un “intelectual agitador” y un polemista.

Fue un lector y líder precoz. Su carrera política y académica fueron siempre en paralelo. En la universidad, donde estudió economía, se unió al antifranquismo catalanista, a veces muy cercano al nacionalismo de Pujol. Pronto comenzó a colaborar con el Círculo de Economía y Banca Catalana. Se convirtió en un divulgador de la economía catalana. Como su maestro Vicens Vives, reivindicaba el papel de la burguesía industrial de la región como motor de progreso. Durante toda su carrera como historiador económico, defendió una especie de nacionalismo liberal que venía de la tradición ilustrada de Cataluña. Pero a menudo combinaba esto con un esencialismo romántico, que veía en el siglo

XVIII catalán una fuente de legitimidad y una especie de explicación al “hecho diferencial”: la Cataluña abierta al mar, librecambista y burguesa frente al absolutismo y el atraso centralista.

Tras ser expulsado de la Universidad de Barcelona en 1970 por una falta disciplinaria, se trasladó a Valencia, donde vivió siete años y colaboró con la izquierda soberanista valenciana. Allí aumentó la veta romántica de su nacionalismo liberal: fantaseaba con unos Países Catalanes que incluyeran todos los territorios de habla catalana, reflexionaba sobre la falta de identidad nacional valenciana. Aunque siempre formó parte del sector obrerista del PSPV y el PSC, parece que lo hacía por estrategia: el PSOE de Felipe González (a quien admiraba), que poco a poco iba alcanzando la hegemonía en la izquierda, tenía una visión muy crítica con los nacionalismos locales. Lluch supo rápidamente ver el atractivo de la visión socialista de González y se volvió pragmático.

En 1977, con las primeras elecciones democráticas, Lluch obtuvo un escaño como diputado por Girona. Su actividad parlamentaria fue frenética. Formó parte de las negociaciones de la LOAPA (Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico) y fue criticado por evitar que el PSC metiera enmiendas más nacionalistas, para conservar la buena relación con el PSOE. Esto le creó muchos enemigos en Cataluña pero le ayudó en su carrera para convertirse en ministro, algo que consiguió en 1982. Esperaba un ministerio de Economía o de Hacienda o Administraciones Públicas pero le tocó Sanidad. Sus cuatro años de ministro estuvieron repletos de crisis. Casi todas tenían que ver con el mismo tema:

la tensión entre un sistema nacional y centralizado y otro descentralizado y cedido a las autonomías. Sufrió huelgas, protestas, dimisiones y conspiraciones pero consiguió construir un Sistema Nacional de Salud pragmático basado en la universalidad y la gratuidad, que todavía sobrevive.

Lluch dedicó toda su vida a defender una España federal y plural: en Barcelona, en Valencia, en Madrid en el ministerio, como rector posteriormente en la UIMP y como estudioso del terrorismo de ETA, siempre observaba los conflictos desde un prisma económico pero también geográfico y territorial. Tras dejar su puesto en el ministerio se centró en ETA y en la política vasca. Se compró una casa en San Sebastián, hizo amistad con Odón Elorza, del PSE, y se convirtió en una de las voces más respetadas en favor del diálogo. Siempre defendió la alianza entre el nacionalismo del PNV y el “vasquismo” del PSE para aislar a la izquierda *abertzale* y al PP. A menudo caía en una visión equidistante o demasiado cercana al nacionalismo: por ejemplo, consideraba que Fernando Savater era el equivalente nacionalista español de los nacionalistas radicales vascos, algo delicado de sostener teniendo en cuenta la connivencia de buena

parte de la sociedad vasca nacionalista con el terrorismo.

Una de sus soluciones para la paz era hacer una “lectura” (que no relectura, como insistía) de la Constitución para ver que en ella había una defensa de un trato diferente a las nacionalidades históricas. Creía que la solución al problema de Euskadi estaba en un “constitucionalismo útil”, la “asunción de que los derechos históricos constituían una categoría política positiva por el adicional primero de la Constitución y que, en ningún caso eran una reliquia”. Era una visión muy “lluchiana”, que a menudo utilizaba la historia para resolver los temas del presente.

Veía el nacionalismo como algo instrumental. Solía decir que “nuestro nacionalismo consiste, básicamente, en poder dejar de ser nacionalistas”. Es un planteamiento ingenuo. Lluch pensaba que llegaría un momento, con suficiente autogobierno y poder, en el que el nacionalismo no seguiría siendo útil. Pero como se ha demostrado en las décadas posteriores, el nacionalismo es una palanca excelente para obtener y conservar privilegios.

Una de las imágenes más famosas de Lluch es la que protagonizó en un mítin en la plaza de la Constitución de San Sebastián en junio de 1999. Ante los gritos de manifestantes *abertzales*, Lluch responde: “¡Gritad más, que gritáis poco! Gritad, porque mientras gritéis no mataréis.” Pero siguieron gritando y matando. Lluch no llevaba escolta y en los últimos meses sabía que su vida corría peligro. Intentó dejar varias cosas atadas. Pidió a sus hijas que no explotaran su muerte y que no lo enterraran ni hicieran un homenaje multitudinario. El 21 de noviembre de 2000 ETA lo asesinó al salir de su coche. Como dice

Esculies, “cayó abrazado a sus apuntes de la facultad: lo más suyo”. —

RICARDO DUDDA (Madrid, 1992) es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *La verdad de la tribu. La corrección política y sus enemigos* (Debate, 2019).



NOVELA

El misterio de lo conocido



Alejandra Costamagna
EL SISTEMA DEL TACTO
Barcelona, Anagrama, 2018, 192 pp.

DIANA GUTIÉRREZ

Al centro de la fotografía, una mujer posa de pie frente a la cámara. Lleva el pelo corto, a la altura de la barbilla, con raya de lado, en ondas. No podemos saber el color; la imagen está en blanco y negro. En cambio, adivinamos un día soleado, porque ella usa lentes cuadrados con montura de acero que refleja los rayos. Además porta un vestido sin mangas de tela liviana estampada con un patrón semejante a las telas geométricas de un mosaico. El encuadre debajo de la cadera, un plano americano, revela el largo de la prenda hasta las rodillas. La mujer saca la lengua y sus manos dispuestas al lado de las sienes, como si fueran las astas de un venado, complementan el gesto de burla de quien diría “lero, lero”, mofándose de alguien más. Su nombre es Nélica.

Este retrato forma parte de los vestigios que Ania encuentra en una vieja caja de cartón, persuadida por el padre de acompañar en su lecho de muerte al último miembro



de los Coletti, el tío Agustín, hijo único de Nélica. Descubre también los cuadernos de su tío, unas quince o veinte libretas con ejercicios de mecanografía e instrucciones para usar correctamente la máquina de escribir, a través de un método efectivo llamado “sistema del tacto”, que da nombre al libro más reciente de Alejandra Costamagna, finalista del Premio Herralde de Novela 2018.

Costamagna incluye estos hallazgos a modo de facsimilares entre las páginas, a los que se suman un lote de cartas proveniente de Italia, destinadas a Nélica; el manual de consejos de buen comportamiento para el inmigrante italiano; tres novelitas de terror del flaco Gariglio prestadas en algún momento a Agustín y los tomos de una vieja enciclopedia que Ania consultaba cuando era niña. Estas lecturas convierten el viaje físico de mil quinientos kilómetros de Chile a Argentina en un recorrido interno, por los ramones de “un parrón de uvas negras, de cáscara gruesa, gelatinosas por dentro”, que es la memoria. El libro de la escritora chilena confirma que indagar en la genealogía familiar es sumergirse en el misterio de lo que nos dio origen. Un territorio donde lo conocido se vuelve inesperadamente lo ignorado; lo hospitalario, agreste; la seguridad es desamparo y la certidumbre despierta dudas. Se confunde el adentro con el afuera, el presente y el pasado, la fantasía con la realidad.

Al volver al pueblo de Campana, donde pasó todas las vacaciones de su infancia, Ania se da cuenta de que los recovecos en los que se encerraba a leer o a escuchar las historias de su tía abuela, sobre la guerra al otro lado del mundo, se conservan iguales, pero ya nada es como lo recuerda. Esa misma mujer, Nélica,

a quien ella identificaba como la pariente que perdió la razón, se revela ahora como una joven mecanógrafa inquieta, que hablaba tres idiomas y estaba enamorada de alguien más. Esto antes de dejar Italia, por la fuerza, para establecerse en Argentina y contraer nupcias con Aroldo, su primo en segundo grado. Lo mismo sucede con su único hijo, Agustín, “un área resbaladiza en la ruta de sus recuerdos”, que se descubre esta vez como un joven sobreprotegido y obsesivo, heredero de los fantasmas maternos, que solo salía de casa una vez a la semana para sus clases de mecanografía.

Hecha de retazos y huellas, la novela es fragmentaria, cambiante y provisional. Se nutre y, por momentos, también se contradice a partir de los restos que Costamagna ha dejado regados por ahí en sus propios cuentos. Los personajes, lugares y objetos de este libro se completan o se transforman con otros textos de la autora, en los que estos han aparecido también. En “Nadie nunca se acostumbra”, del libro *Imposible salir de la tierra* (Almadía, 2016), por ejemplo, conocemos el olor a caucho que caracteriza al pueblo de Campana. Aquí Agustín no es un solitario, sino un hombre casado y uno de los funcionarios más antiguos en la fábrica de plásticos de la región. Vemos su piel atacada por el acné. El Cecil, una cantina diurna en la que Ania se reencuentra a compartir unos tragos con los conocidos de su tío recién fallecido, ha cerrado sus puertas para siempre en el cuento “Naturalezas muertas”, y está a punto de convertirse en hostería. Mientras que el origen de *El sistema del tacto* se encuentra en el relato “Are you ready?”, en el que una madre le pide a su hija que atravesara la montaña para acompañar al tío en el lecho de muerte.

Convencida de que la narrativa no solo consiste en contar buenas historias, sino en contarlas con palabras acordes a la experiencia, Costamagna dota al desarraigo, la búsqueda de la identidad y la memoria de un sonido distintivo en su prosa, compuesto por frases cortas unidas entre sí por la repetición rítmica de las palabras. “Que el latido de las bombas y el país intervenido, dice. Que las sirenas. Que hombres armados y tanquetas en todas las esquinas, que los incendios, que las casas saqueadas, que la familia huyendo por la campiña.” Se vale de un narrador en tercera persona que relata los hechos a partir de dos puntos de vista: el de Ania, que ocurre presumiblemente durante las primeras décadas del siglo actual, y el de Agustín, en los años setenta. La voz principal filtra y se contamina de las expresiones de los personajes, se pone en el papel de estos, pero al mismo tiempo mira la situación a distancia. Ambas perspectivas se narran en presente como si las acciones sucedieran ahora mismo y se desbocaran al recorrer las páginas. Porque, como dice Margo Glantz en *Las genealogías*, las capas de la memoria se montan sobre la escritura cuando se le da cuerda al recuerdo.

Interesada en los lugares desde los cuales se cuenta una historia, Costamagna incluye al final del libro una sección de agradecimientos, entre los cuales destaca el de Norberto Lombardi, “el último miembro de la tribu”, por acompañarla hasta el final en el rastreo obsesivo y memorioso a través de su genealogía. Con este gesto, la autora identifica el carácter colectivo de los recuerdos, sus recuerdos—si consideramos que el detonante de la novela fue la necesidad de investigar la vida de su tía abuela—, y otorga

sentido a una historia familiar narrada a manera de coro, que supera lo que habría podido ser solamente un libro de memorias. —

DIANA GUTIÉRREZ es periodista y editora de *Pinche Chica Chic*, fanzine sobre moda y humor.



NOVELA

La edad blanca



Mónica Ojeda
MANDÍBULA
Barcelona, Candaya,
2018, 288 pp.

MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

Comienzo con una certidumbre sustentada en diversas lecturas realizadas en años recientes: salvo contadas excepciones, la novela que se produce hoy día en Latinoamérica —“producir” es el verbo adecuado al caso, ya que en múltiples ocasiones se trata de productos editoriales más que de verdaderos proyectos literarios— se ha entregado a la corrección política en aras de un mayor impulso internacional. Aclaro que por corrección política entiendo no solo lo que está bien visto —la denuncia a todas luces necesaria del racismo y la misoginia, por ejemplo— sino aquellos temas que integran la agenda del momento: la migración y sus daños tanto individuales como colectivos, el narcotráfico y su violencia endémica, la degradación del tejido social debida a una barbarie y un cinismo que gozan de completa impunidad en nuestros países. No niego para nada la importancia de estos temas: solo me interesa señalar que la actual novela latinoamericana está convenientemente atenta y atada a ellos. Y si bien concuerdo en que la novela

puede —aunque no sé si debe— ser un espejo stendhaliano de la época en que se escribe, también creo que el novelista tiene que dejarse cazar por el asunto que va a abordar y no salir a cazarlo a como dé lugar pese a que no le impacte de manera íntima, directa. Soy de la idea romántica de que quien escribe es poseído hasta cierto punto por lo que escribe, y por ende desconfío —para hacer eco de Antonio Muñoz Molina en su estupendo elogio de Don Winslow— del aura *cool* que una enorme cantidad de narradores contemporáneos del continente otorga a la jodidez nuestra de cada día. En este panorama que se me antoja más acomodaticio que innovador, como quiere ver buena parte de la crítica extranjera —esa crítica a la que, por desgracia, no le preocupa ir más allá de lo que engendra un barullo instantáneo—, la propuesta visceral y genuinamente revulsiva de la ecuatoriana Mónica Ojeda (Guayaquil, 1988) sobresale con la belleza dolorosa de los verdugones al cabo de una golpiza. Aquí hay garra, aquí hay ánimo de crear antes que producir una literatura que sacuda hasta la médula. Aquí hay una escritora que se permite ser cazada y poseída por los temas de los que habla. Ella misma evidencia su *ars poetica* en un texto sobre la dramaturga española Angélica Liddell: “La literatura es extrema solo cuando desde el principio del proceso creativo se ha asumido que el espanto y el instinto, la violencia y el mal, el deseo bárbaro y desnudo habitan en el lenguaje; que no basta con contar, sino que se necesita respirar, intuir y expandir lo que hay por debajo de lo que se cuenta.”

Miembro de una espléndida avanzada de narradoras latinoamericanas que reformulan desde registros muy variados —tanto en ficción

como en no ficción— los códigos del horror y el orbe gótico, y entre las que descuellan las argentinas Selva Almada, Mariana Enriquez y Samanta Schweblin; la boliviana Liliana Colanzi; la también ecuatoriana María Fernanda Ampuero y la mexicana Liliana Blum, Mónica Ojeda es autora de tres novelas con las que muestra con creces que llegó para quedarse. *La desfiguración Silva* (2015), su debut, abrió las puertas de un universo tan enfermizo como inevitable —uno de los ejes sobre los que gira el libro es el feminicidio— que se consolida en *Nefando* (2016), donde la narcosis tecnológica cristaliza en un videojuego de decidida filiación iniciática que da pie a una exploración perturbadora no solo del submundo de la pornografía infantil sino de la juventud como campo minado y del núcleo familiar como ese nido de perversiones al que se refirió célebremente Simone de Beauvoir. La perversión vincula asimismo a la familia —en específico al nexo madre-hija con todas sus implicaciones freudianas e incluso lacanianas— y a la tecnología —en este caso a la cultura de las *creepypastas* y sus ramificaciones en la vida no virtual sino real— es la columna vertebral sobre la que se yergue la materia salvaje de *Mandíbula*, novela con la que Ojeda instaure una madurez y sobre todo una conciencia estética que no detecto en la mayoría de quienes pertenecen a su generación. Aquí, a diferencia de tantas novedades editoriales que ostentan cintillos pródigos en alabanzas superfluas, hay una declaración de principios novelísticos que por supuesto está implícita en el flujo de la narración; Ojeda es lo suficientemente diestra para no dejar que el fondo (qué se dice) avasalle a la forma (cómo se dice): ambos se complementan en un tejido que acaba por ser inconsútil.

Aquí el lector se siente atrapado –devorado es el término preciso– por una historia vertiginosa en la que conviven los postulados de Georges Bataille y las provocaciones de Balthus.

Me parece que lo más provocador e inquietante de *Mandíbula* radica no tanto en la trama misma, que podría sintetizarse en el triángulo mórbido generado entre dos alumnas de un colegio femenino del Opus Dei (Fernanda y Annelise) y su maestra de Lengua y Literatura (Miss Clara), como en el modo admirable en que dicha trama ha sido articulada. Al igual que en *La desfiguración Silva* y en *Nefando*, Ojeda echa mano aquí de todo un arsenal de dispositivos narrativos que atestiguan la brutal transformación psíquica más que física de las protagonistas; una transformación que Annelise, sin duda el vértice maligno del triángulo, pone en palabras en un ensayo dirigido a Miss Clara que constituye el oscuro corazón teórico de la novela: “No es que esté idealizando la infancia, pero todo lo que viene después de ella es siempre peor, ¿no lo cree? Si fuimos niñas malas, cuando crecemos somos aún más viles. En la adolescencia puede aflorar lo más bello o lo más horrible, como en lo blanco puede existir tanto la pureza como la podredumbre.” Mientras escribo estas líneas no recuerdo haber leído, al menos en lo que respecta a la narrativa latinoamericana contemporánea, un retrato de la pubertad tan aterrador y a la vez tan exacto como el que ofrece *Mandíbula*. La pulsión lovecraftiana, que Ojeda hace patente en varios instantes clave de la historia, se resuelve en el que es quizá el gran hallazgo del libro: la adolescencia vista como la edad blanca, una edad amorfa, “pervertible y contaminable”, sin una

definición establecida; un “tiempo de los cuerpos que los convierte en posibles detonadores de los impulsos más desenfrenados y violentos”. A partir de esa (in)definición subversiva, *Mandíbula* despliega un prodigioso abanico literario en el que el miedo vuelve a ser el elemento primordial que a la par de seducirnos como lectores nos desafía como personas para encarar de nuevo lo que aparentemente conocemos desde un ángulo que no habíamos contemplado: en resumidas cuentas, nos confronta con lo que tememos pero no nos atrevemos a verbalizar. Y así termino con una certidumbre sustentada en lo único que a lo mejor podría certificar algo: la lectura atenta. Mónica Ojeda es una voz de la joven literatura en nuestro idioma que resonará con nitidez en el futuro y florecerá mucho más allá de esa edad blanca en la que acecha, insidioso, el terror a los cocodrilos que somos nosotros mismos. —

MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS es narrador, ensayista y editor. Su libro más reciente es *Los que hablan. Fotorrelatos* (Almadía, 2016).



MEMORIAS

Aceptar la vida



Ida Vitale
SHAKESPEARE PALACE
Barcelona, Lumen,
2018, 200 pp.

MALVA FLORES

En las primeras páginas de *Shakespeare Palace*, Ida Vitale nos enfrenta al asunto que rondará todo el libro: el de quien llega a una

sociedad “no de paso sino a insertarse” y advierte que existe una “maraña de relaciones” tejida previamente, lo que “le exige mucha percepción alerta”. A esa pequeña sociedad arriba una extranjera, en espera de la llegada de su esposo, el poeta Enrique Fierro, y el mundo a su alrededor es, en efecto, un mundo nuevo: el México de los años setenta y ochenta. El suyo es el mundo del exiliado, en este caso del Uruguay, y cualquiera que se haya visto obligado a abandonar su hogar, su ciudad, su país, no puede más que conmoverse ante este demorado recuerdo donde la memoria va saltando de episodio en episodio, de personaje en personaje, sin un orden cronológico fijo pues, a pesar de la férrea voluntad de la memoria, la libertad de quien recuerda elige los pasajes. En esa libertad, “gloria de la escritura”, se mueve Ida Vitale.

De *Shakespeare Palace* en la Anzures –un departamento ruinoso al que “alguna rápida anécdota explicaba las comillas orales que siempre acompañaron nuestra dirección”– a las Torres de Mixcoac, y de ahí a la calle de Rodin, también en Mixcoac, va ocurriendo el periplo que Ida Vitale y Enrique Fierro recorrieron en la Ciudad de México. Once años de exilio y un buen número de anécdotas y personajes desfilan ante nosotros: el entonces matrimonio formado por Ulalume y Teodoro González de León, primeros anfitriones de Vitale; Tomás Segovia, quien le ofreció su primer trabajo en El Colegio de México; Antonio Alatorre y Arreola (“Todo en Arreola era misterioso acierto”); Octavio Paz, quien nunca descuidaba su revista ni su propia obra y siempre estaba preocupado “de que cada quien cobrara lo debido

y de que nada dejase de estar acci-
tado”; Álvaro Mutis (“un señor
del mundo, sabio y comprensivo,
que se otorgaba sin ángulos”);
Juan de la Cabada (“un hombre
oral, un fabulador nato, de esos
que empiezan por crear su pro-
pio personaje”); Fernando Benítez
 (“el inagotable generador de entu-
siasmo a su alrededor, generoso y
cáustico”); el “impaciente/pacien-
te” Huberto Batis; un Rulfo que
“no tenía alas, no arrullaba. Todo
lo contrario; como supe al poco rato,
tendía al rezongo”; o su auto, un
viejo Volkswagen a quien le dedica
estas palabras: “Como seres incom-
patibles que sin embargo se aman,
nos poníamos mutuamente a prue-
ba, sin traicionarnos.” Una última
página inserta al final del libro,
suelta de su conjunto pero no de la
memoria, da cuenta de su amistad
con Guillermo Sheridan en Austin,
lejos del paisaje de sus mosaicos
mexicanos, pero mexicano al fin el
recuerdo del amigo, conocido en
México, pero que, al llegar también
a la ciudad donde vivían Vitale y
Fierro, seguiría siendo “el perma-
nente vaso de inteligencia, servido
con amistad constante”.

Quien llega a un nuevo lugar
debe adaptarse a todo, a los soni-
dos de una ciudad profundamente
ruidosa (los cláxones desahorados,
los aviones constantes); a las enfer-
medades desconocidas; a los nue-
vos sentidos y palabras pese a hablar
una misma lengua (“A contracor-
riente del recién llegado hay un
léxico que abre una comunión pers-
picaz y rige la liga vastísima de los
que saben todo lo que con él se con-
cilia, un *titipuchal* de sentidos, como
puedo decir ahora”); al temor de
los acontecimientos geológicos (los
terremotos, por ejemplo), a una vida
que poco a poco se va llenando de
conocidos, de amigos que lo serán

para siempre y a quienes observa al
principio con timidez —una timidez
que no la abandona nunca, pese a
sus muchos graciosos comentarios.

Gracia es lo que define la prosa
de Ida Vitale en este libro. El placer
de su lectura nace de la importancia
y de la confianza que la autora otor-
ga a las palabras —pues a su alrede-
dor giran seres y lugares queridos—,
de modo que no importa que des-
conozcamos a las personas a las que
se refiere o a ella misma. Gracia,
pero también tristeza y se impone
así la voz del transterrado, útil para
“situaciones en que el alejamiento
de ciertos elementos naturales pesa
de manera sensible. Hay momen-
tos de desánimo que provienen
de eso, de pérdidas inimaginables
para las que nuestra vida anterior
no había creado defensas prepara-
torias: la falta de mar era una muy
importante”.

La escritura del libro, lo que
más allá de los personajes o circuns-
tancias se describe con amoroso
cuidado, se graba como un interés
superior al de conocer las estampas
de vida de los allí retratados; así,
hacen al libro nuestro; a su historia,
nuestra también, porque todos, de
algún modo o en algún momento,
hemos sido extranjeros. La extranje-
ría incluso del *ahora* queda plasma-
da en la conciencia de Vitale, que
reconoce “la declinación cultural”,
el arribo de “semianalfabetos en
comunicación con pajaritos que no
parecen ser la paloma del Espíritu
Santo. O veloces jóvenes neotecnó-
cratas y neocoléricos”.

Pero *Shakespeare Palace* es tam-
bién la rememoración de sucesos
importantes para la vida cultural
de México. Así, Vitale recuerda el
momento del golpe a *Excelsior* y la
desaparición de *Plural* y *Diorama* de
la Cultura, que ella también vivió:
“El excelente espacio cultural que

había sido *Diorama* se desintegró.
Más valía la muerte que la carica-
tura. Duró unas pocas semanas,
escuálido y olvidable mamarracho
que la incapacidad redujo a ocho
páginas. La historia de *Plural*, la
notable revista que Paz nombrara y
dirigiera, fue más siniestra aún y ya
ha sido muy contada. Siguió apare-
ciendo, porque la apropiación del
nombre tardó en saberse fuera de
fronteras, dando tiempo para bus-
car pálidos colaboradores que sus-
tituyeran a los que habían creado
su prestigio. Capaces de escribir
bajo la bandera ajena de lo plu-
ral, desvirtuándola, por un tiem-
po engañaron a lectores distraídos
con la continuidad de la apariencia.
También allí prosperaron algunos
de mis compatriotas, devorándose
unos a otros.”

“No es prudente vivir entre
paréntesis”, dice la poeta. Final-
mente, instalada ya en aquella
maraña de relaciones que a su lle-
gada le parecía impenetrable, com-
prende que era feliz, dentro de lo
posible, y que el amor hace de los
dos transterrados una fuerza sutil
pero inmensa, pues una “soledad
de dos se carga de incentivos [...] Y
cada cansancio viene con una blan-
da almohada de amor donde aflo-
jarse, al término de la jornada”.

En las últimas páginas del libro
esta soledad vuelve a ser de una. La
muerte de Enrique Fierro suspen-
de la escritura, pero no la memoria.
Retoma el texto, porque quizá sea
esa una forma de traer al presente lo
vivido y porque, ya lo sabía, “acep-
tar la vida sin discutirle cada arista,
cada nudo y cada brote es el único
modo de alcanzar cierto grado de
calma dicha”. —

MALVA FLORES es poeta, narradora
y ensayista. En 2016 Ediciones
Era publicó su libro *Galápagos*. Es
editora de poesía de *Letras Libres*.